

## Filósofos de barra

J Roco



Image not found.

# Capítulo 1

-¿Entonces...?

-Nada.

-¿Cómo que nada? ¿No lo tenías todo a tu favor?

-Salvo un par de pelotas, sí.

-¿Estás diciéndome, pues, que no te planteaste siquiera hablar con ella? Ya no hablar –añadió mientras negaba con la cabeza-, saludarle. O ni eso, el simple gesto de agitar la mano o apuntarle con la barbilla hubiera bastado –replicó de una forma tan acertada, que sonó hasta hiriente.

-¡Claro que me lo planteé, capullo! Mil y un escenarios donde cada cliché es sentimentalmente más vomitivo que el anterior. Toda una generación de comedias románticas donde los felices protagonistas siempre son los mismos. Todas ellas arraigadas en el sentimiento más noble y todas ellas cogiendo polvo en mi cajón mental de fantasías –explicaba, degradando el tono de voz hasta que se fusionó con el ruido ambiente. Y después un disimulado suspiro nasal cargado de abrasadora decepción. O tal vez fuese el humo lo que le quemaba.

-Bueno, bueno.... Pásamelo –dijo apuntándole con dos dedos.

Estaban alejados lo suficiente de la puerta de la discoteca como para que el olor a hierba no les llegase a los porteros.

-Pues que quieres que te diga –dijo volviendo a la carga-, tus razones tendrás..., pero siendo objetivos, estoy seguro que si ella supiese un tercio de lo que sé yo no le quedaría más remedio que quererte. Sería una mierda de esas instintivas como cuando quitas la mano del fuego. –Exhaló-. O en este caso cuando la pones –dijo riendo.

-Y tan ardiente –contestó devolviéndole la risa.

-¿Y ahora qué? Quedan menos de dos meses para que acabe el curso –dijo dejándolo caer, de nuevo.

-Créeme que nadie conoce ese dato mejor que yo. Nadie es tan consciente de esa fecha.

-¿Y Septiembre?

-¿Qué le pasa?

-Bueno, digo yo que tendrá algo que recuperar. A lo mejor puedes volver a verla cuando acabe el verano.

-Ya lo he pensado. Incluso el curso que viene. –Hizo una pausa-. O puede que ni me la encuentre en las recuperaciones o que ni siquiera la vea el año que viene. Puede que me toque por la tarde y a ella por la mañana.

-Tan positivo como siempre.

-Y aunque la viese, estaría en las mismas porque no creo que fuese capaz de acercarme.

-Así me gusta, campeón, superándote a ti mismo una y otra vez –dijo con sorna.

El del corazón convaleciente lo mató de una intensa calada, e inmediatamente después sacó sus útiles narcóticos para liarse otro.

-No lo cargues mucho que mi novia está esperándonos con sus amigas. No quiero aparecer con la cara caída y los ojos como la nariz de Rudolf.

-Cállate ya, calzoncillos –le espetó sin venir a cuento, comentario que ignoró acostumbrado al periodo masculino de su mejor amigo-. Siempre aguándolo todo; tanta precaución, cojones... –farfullaba en voz baja y con rabia.

Después de coger el pellizco que acompañó con un silencio, continuó él solo.

-¿Qué puedo...? –dijo en voz baja, casi como un pensamiento-. ¿Tú qué harías en mi lugar? –preguntó esta vez.

-Tú ya sabes lo que haría, tío. Te lo he dicho muchas veces, joder. Pero tú no, tú siempre tienes que ir con pisadas de pajarito, siempre tan cauto, siempre midiéndolo todo –decía gesticulando con los brazos, encendiéndose más a cada palabra que pronunciaba-. Siempre analizando cada puto detalle, cada gesto, cada frase y palabra. ¡No se puede vivir así, es que no se puede! Te estás perdiendo mucho, colega, y conforme pasen los años te va a costar más, no creas ni por asomo que va a ser mejor cuando tengamos piso y curro. Lo material... –sentenció despacio y vocalizando cada palabra-, no determina a lo sentimental.

-¿Te crees que no lo sé...? –respondió con la cabeza gacha.

-¡Pues demuéstramelo! Demuéstratelo y deja de pensar tanto –le gritó

con la preocupación de un borracho.

-¡Qué no me lo digas más, qué ya lo sé, hostias! –respondió con el mismo destello en sus ojos.

De nuevo se hizo el silencio, y éste intentó ser rellenado incómodamente con el tiempo que se tarda en echar otro cubata.

-¿Queda mucho alcohol? –preguntó el dolido en voz baja.

Pero no obtuvo respuesta.

-¿Eh?

-¿Qué? –dijo con aspereza.

-Que si queda mucho lote.

-Poco. Nos echamos la última y nos vamos.

-Pues toma –dijo entregándole el porro sin encender.

-¿Y esto? –dijo sonriendo, incrédulo.

-¿Qué?

-En tu puta vida me has dejado que me pete un porro que te has hecho tú. Solo lo haces cuando...

-Te lo he dado porque me voy a echar la copa, así que no te flipes.

-Ya, claro... -dijo mientras buscaba el mechero de entre todo el caos de su bolsillo.

Fue a contestarle, pero negó con la cabeza y se agachó para echarse hielo. Entonces sonrió mirando hacia la bolsa sin que el otro se diese cuenta.

El gesto de su marchito amigo le conmovió en secreto, y como era la típica amistad donde los enfados raramente duraban diez minutos, sintió la necesidad imperiosa de devolvérselo volviendo al tema.

-¿Y si...? no sé, ¿te fueras para ella como si fueses tonto o estuvieses perdido?

-¿Cómo, cómo? –Se levantó de un salto. Le interesaba el concepto planteado. La verdad es que se hubiera bañado en lava a cambio de

conseguir la información determinante.

-Comiendo. No sé, es una gilipollez, pero podrías por ejemplo preguntarle por alguna clase haciendo como el que no se conoce la facultad.

-No creo que eso funcione... -dijo con más desilusión de la que quería dejar entrever-. Además, ni siquiera estamos en la misma carrera, solo compartimos edificio, ¿sabes?

-Entiendo...

-Hay veces que voy a la facultad solo para verla los veinte minutos que duran los descansos en vez de quedarme en casa tirado en el sofá. Y créeme que me cuesta ir recién comido, tener que vestirme, coger el coche y todo el rollo; pero es que me pueden las ganas de verla. Aunque solo sean cinco minutos de mierda me alegra el día observarla de reajo desde la distancia.

-Me das miedo -dijo medio en broma.

-Ver cómo se ríe con sus amigas. Esos ojos marrones y almendrados que son como dos ventanas al universo. Esa ropa tan sencilla y esa colega que siempre lleva porque simplemente no le saldrá del coño ponerse tacones y falda como hacen la mitad de las guarras que ahí allí metidas.

-Tranquilo, semental, que mi novia es de "esas guarras". Entiendo que no te vaya ese rollo, pero isi.

-No, si no lo digo por ofender, pero... tú me entiendes, ¿no?

-Claro, cojones. Todos pasamos por eso al principio, y menos mal que luego se pasa. Sería una locura vivir en ese estado toda la vida.

-Ya ves.

-Que te lo digan a ti -dijo riendo.

-Exacto -respondió-. Que me lo digan a mí... -añadió en voz baja.

-Es que... ¿ves? -dijo atascándose- Es que eres tonto, tío, y me da rabia por ti. Ya te lo he dicho antes, que si le dijeras la mitad o menos de todo lo que me estás contando no le quedaría más remedio que quererte.

-Creo que querer es una palabra muy fuerte puesto que ni siquiera sé su nombre. Ni tan siquiera la letra por la que empieza.

-¿Y eso qué tendrá que ver? Además, que lo tienes todo a tu favor. Dices

que ella también te mira.

-Sí...

-Y cuando digo mira, me refiero a que te mira de la misma forma que tú lo haces, ¿no?

-Eso creo.

-¿Eso crees?

-Sí, no sé. Siendo yo es fácil equivocarse, porque siempre voy a buscar la respuesta que me consuele. A lo mejor tiene novio.

-O a lo mejor no, negativo hijo de puta.

-Y luego, cada vez que nos miramos te juro que noto como ella se me queda mirando, como si me dijera "acércate" o algo así, ¿sabes? A lo mejor estoy subiendo las escaleras y me la cruzo cuando ella las baja, y te juro que nos quedamos mirándonos hasta que a la vez nos damos cuenta de que si giramos el cuello pareceríamos dos tontos respecto a los demás que hay alrededor nuestro, ¿sabes? Es un pensamiento jodido, pero te lo describo así porque siempre pasa lo mismo.

-Ya...

-O a lo mejor estoy subiendo esas mismas escaleras y me la encuentro en la primera planta, que es donde ella tiene su aula, yendo yo para la segunda. Y siempre, siempre, siempre está apoyada en la ventana y mirando a la escalera. Y siempre la pillo con un ojo en la conversación de sus amigos y con otro puesto en la escalera, como si esperase a alguien. No sé, es todo muy confuso –agregó con la voz apagada-. ¿Crees que estoy loco, que me he sugestionado demasiado, que me he hecho muchas ilusiones?

-Un poco sí, la verdad. Pero por lo que cuentas y sobre todo por cómo lo cuentas no creo que vayas muy desencaminado. Aunque claro, no sabría decirte. Es muy confuso como tú dices.

-Una vez, tío, y esto es lo que más me ha hecho confirmar mis neuras, estaba subiendo la escalera e iba a mi bola pensando en mis cosas haciendo como el que escuchaba las tonterías de los de mi clase, y de repente me da por mirar para arriba y me la encuentro justo en frente. O sea, era una escalera, por lo que literalmente tenía su culo en mi cara, imagínate –dijo sonriendo-. Y fue muy raro, porque nada más mirar hacia arriba ella se dio la vuelta y miró hacia abajo. Y nos quedamos los dos con una cara de tontos y asustados que no sé ella, pero yo por lo menos no sabía dónde meterme. Recuerdo que empezó a empujar flojito a sus

amigas toda apresurada mientras decía con una sonrisa nerviosa cosas en plan "subid más rápido que estamos molestando a la gente". –Hizo una pausa reflexiva-. La vez que he sudado más en vida subiendo una escalera –dijo muy serio, casi asustado.

Su amigo, el perfecto espectador, se quedó también muy serio mirándole. Y después de cavilar, se pronunció.

-¿Cómo tendrá que ser tu tara mental para que reacciones de esa forma? –preguntó de manera retórica.

Y al unísono, ambos soltaron una sonora carcajada.

-Ahora en serio –dijo cuando las punzadas de su estómago dejaron de doler-, me dan ganas de presentarme en las escaleras de la entrada en uno de esos descansos, cogeros a los dos, llevaros a rastras y juntaros para que habléis de una puta vez. Es que te odio ahora mismo por no ser capaz de hacer algo tan simple.

-Yo también me odio, mucho más que tú... -dijo desolado, producto de un repentino bajón.

Sin decir nada, el chico cogió lo poco que quedaba de botella y le dio un buen trago. Instintivamente se estremeció agitando la cabeza hasta que el calor le llegó a los tobillos y le ofreció el resto al dolido.

-De un trago y entramos.

-¿Me das ron del malo para consolarme? ¿De verdad crees que eso me va a ayudar a olvidarme de ella?

-Para nada, pero a lo mejor si bebes como un hombre te crecerán ese par de huevos que te faltan.

En silencio, sostuvo la botella, la miró, lo miró a él, y afirmando con la cabeza, se la acabó a pesar del ardor de su garganta.

-Es un comienzo, ¿no? –dijo después de calmar las arcadas.

-Vamos, anda –dijo pasándole el brazo por el hombro-, que te voy a presentar a las amigas de mi novia. Hay una en especial que tiene un par que son como dos cabezas de mongolo. Encima está haciendo un doble grado y...

Así fue cómo la conversación se disipó entre el gentío que hacía botellón a las puertas de aquella discoteca casposa. Quizás nuestro protagonista se engañase a sí mismo y cambiase de parecer al ver él mismo aquel dichoso par, o quizás ni siquiera las tetas más perfectas y redondas pudieran

alejarse de la visión más pura e idealizada que sin piedad alguna había conquistado su mente. Lo único en claro que podemos sacar de esto es la determinación que nos impulsa a hacer o no hacer las cosas.